

Una disputa de los años 90: el enfrentamiento entre Soriano y Feiling como una lucha por la representación. La Guerra de Malvinas en *A sus plantas rendido un león* y *El agua electrizada*

✉ DIEGO NIEMETZ / Universidad Nacional de Cuyo – CONICET / diegoniemetz@gmail.com

Resumen

Este trabajo aborda la conocida polémica entre C. E. Feiling y Osvaldo Soriano. Después de recorrer el asunto como un problema generacional, propongo utilizar las ficciones sobre un hecho histórico trascendente y masivo (como es la Guerra de Malvinas) en las producciones de los dos autores para entender cuáles son los planteamientos ideológicos y representacionales en tensión en el campo cultural argentino de los noventa. En primer lugar, observamos cómo se aborda la temática desde *A sus plantas rendido un león* (1986), donde la contienda es reflejada de un modo que remite a la cultura popular. En segunda medida, *El agua electrizada* (1992) puede ser abordada como una mirada sobre las heridas todavía abiertas de la guerra y la dictadura.

Palabras clave: literatura argentina • Malvinas • representaciones culturales • Osvaldo Soriano • Charlie Feiling

Abstract

In the pages that follow I track the famous confrontation between C. E. Feiling and Osvaldo Soriano. After going over the issue as a generational problem, I propose to use the fictions about a transcendent and massive historical fact (such as the Malvinas War) in the productions of this two authors, to understand the ideological and representational approaches tension in the Argentine cultural field during the nineties. At first I propose to analyze how the subject is approached from the pages of *A sus plantas rendido un león* (1986), a novel in which the war is reflected in a way that refers to popular culture (mainly the sports). In a second step, *El agua electrizada* (1992) can be read as a glance at the still open wounds of war and dictatorship.

Key words: Argentine literature • Malvinas • cultural representations • Osvaldo Soriano • Charlie Feiling

A menudo la historia de la literatura concentra sus esfuerzos en la acentuación de las diferencias entre grupos antagónicos o entre generaciones sucesivas. A la identificación de esos núcleos y a su instauración en la tradición académica sigue, con el correr de los años, también la magnificación de su importancia. Una de

Fecha de recepción:

29/7/2016

Fecha de aceptación:

22/3/2017

las formas que adquiere esa dinámica es la de monumentalizar alguna polémica, enunciándola en términos de combate y construyendo representaciones de sus protagonistas y de los hechos con elementos más propios de la épica que del estudio histórico del campo literario. Generalizar y abstraer con la mirada puesta en lograr explicaciones panorámicas claras, es tan deseable como encarar estudios que, en la medida de lo posible, aborden casos particulares que pongan en tensión ese relato totalizador. Ambos movimientos son complementarios y no excluyentes.

Por lo tanto, existe un interés genuino por parte del investigador que bucea en esos enfrentamientos entre escritores o entre grupos adversarios, como así también en los relatos que surgen para explicar esos enfrentamientos, porque allí existen indicios pertinentes para la tarea analítica. Sin embargo, es también apreciable el hecho de que muchas veces los estudios terminan por ser crónicas de los agravios mismos y se pierde de vista el real beneficio de explorar la polémica. En otras palabras, sucede frecuentemente que la disputa no tiene que ver con las motivaciones usualmente identificadas y repetidas desde los ámbitos críticos, sino con otros motivos que no son considerados en su singularidad específica para la ocasión. Esto se debe, en parte, a la dificultad por mantenerse ajenos a la atracción que el conflicto en sí mismo ejerce.

En las páginas que siguen me propongo explorar una recordada disputa acaecida en el campo cultural argentino durante la década de 1990, la polémica entre Osvaldo Soriano y Charlie Feiling, abordándola primero desde una posible dinámica generacional y enfocándola, posteriormente, desde una perspectiva de la representación. Para esto último, aprovecharé el hecho de que tanto Soriano como Feiling publicaran ficciones que giran en torno a un tema tan interesante y neurálgico para la sociedad argentina contemporánea como la Guerra de Malvinas en 1982. El rastreo de este asunto en novelas de ambos escritores (hecho sobre el cual la bibliografía crítica no ha dado cuenta), permitirá abordar la polémica desde un ángulo crítico, equidistante de las pasiones que sus proyectos literarios han despertado en el campo literario.

El culto a San Soriano: el *posboom* y la revista *Babel*

Cuando en 1990 Charlie Feiling publicó en *Babel* un artículo titulado «El culto a San Cayetano», desató lo que sería una de las más recordadas discordias del campo literario argentino de los años noventa.¹ El artículo es, en principio, la reseña sobre *Una sombra ya pronto serás*. Pero es también (o, para decirlo de modo claro, es sobre todo) un ataque despiadado hacia Osvaldo Soriano, el por entonces exitoso *best-seller* de la literatura argentina, y, a través de su figura, a los escritores vinculados con la heterogénea corriente latinoamericana a la que críticos como Ángel Rama (1982) y Donald Shaw (1999) historizan bajo la denominación de *Posboom*.

El *Posboom* es, en opinión de muchos de los estudiosos que se han ocupado del tema, la puesta en valor de una literatura menos experimental que la que se difundió a través del *Boom*. Las características de dicha corriente sintonizan

mejor, según los mencionados especialistas, con la tradición literaria del continente y otorgan mayor primacía a lo americano (Shaw:265). El crítico uruguayo Ángel Rama, citado en este punto por Shaw, señala un profundo contraste con el intelectualismo y el cosmopolitismo del *Boom* y destaca la influencia del arte popular (sobre todo del cine y de la música), la presencia de ambientes urbanos y la tematización de la vida cotidiana. Otros aspectos que deberían tenerse en cuenta son el compromiso político-social de los autores y el renacimiento de la confianza en la capacidad del escritor de observar e interpretar la realidad y de utilizar un lenguaje directo y referencial (266–267). Osvaldo Soriano ocupa en ese panorama un lugar de privilegio y es reconocido y admirado tanto por la crítica no académica como por muchos de sus colegas generacionales.² Para dar un ejemplo, basta con recordar el modo en que uno de los autores más renombrados de la corriente, Mempo Giardinelli, se refería tanto al *Posboom* como a la centralidad de Soriano:

yo creo que el *post-boom* de la narrativa latinoamericana tiene tres o cuatro pilares. Sin duda yo creo que el primero es Manuel Puig. Creo que es el fundador, sin saberlo, sin proponérselo funda todo lo que el *post-boom* hace. Digamos: alejarse del realismo mágico, alejarse del exotismo, retornar a formas de lecturas poéticas de la realidad, pero de la realidad, no de lo mágico, cosa que Osvaldo hace mejor que nadie, retomar el diálogo incidental faulkneriano, hemingwayano, cosa que Osvaldo lo hace perfecto. La vinculación o el inicio de lo que sería la novela negra latinoamericana, lo que Osvaldo hace a las mil maravillas. Un alejamiento de la gran ciudad, o de las grandes capitales; ¡ojo con esto! Que hasta el *boom*, en gran medida, los narradores son narradores de las grandes capitales. Bueno, acá aparece lo que yo llamo lo urbano en pequeño, lo urbano provinciano, los pequeños pueblos de provincia, como la colonia Abril. (Giardinelli en Montes-Bradley:105–106)

Efectivamente, desde *Triste, solitario y final* (1973), su primera novela, Soriano introduce las características destacadas por Giardinelli. La historia de la literatura (alineada con los relatos que los propios escritores hacen de sus experiencias), parece proponer aquí una dinámica dialéctica, a la que después de los años de experimentación formal y cosmopolitismo encarnado en los autores del *Boom* sucede una reacción hacia la narración simple, límpida, de temática cotidiana, casi minimalista, del *Posboom* (aunque no queda muy en claro cómo Manuel Puig se inserta en esa línea estética). Así como Giardinelli elogia el magisterio de Soriano a través de esos aspectos, es también hacia esas características de su literatura a las que apuntan sus dardos los jóvenes escritores nucleados en lo que se conoció como grupo Shanghai, que también editaban la revista literaria *Babel*. El éxito editorial de Soriano y la llaneza de su prosa lo convertían en uno de los blancos predilectos de los ataques de la revista:

La revista ejercita su supuesta cruzada contra la literatura que «refleja» la «realidad argentina» ensañándose, sobre todo, con Osvaldo Soriano o Enrique Medina. Soriano es uno de los

pocos autores que sigue teniendo éxito de mercado en la democracia de la derrota; frente a él, la academia mantiene la típica actitud despectiva ante alguien consagrado por el público y no por ella. (Drucaroff:67)

Por lo tanto, volcando la mirada enteramente sobre el campo literario local y sobre los mecanismos consagradorios, podemos comenzar a comprender el horizonte para la inserción de la invectiva de Feiling. Elsa Drucaroff, como se desprende de la cita anterior, explica que *Babel* defendió una línea estética antirrealista, dedicada a la producción de una literatura estructuralmente compleja y voluntariamente elitista, sustentada en la teoría literaria y en el metalenguaje académico. De hecho, la estudiosa entiende que los jóvenes autores que se nuclearon en torno a la revista crearon una alianza con la camada de prestigiosos intelectuales que por ese entonces, después de los años de la dictadura, comenzaban a ocupar cargos en la carrera de Letras de la Universidad Nacional de Buenos Aires y a ejercer su poder canonizante desde la Academia: «para ellos escribieron sus obras los escritores que hacían *Babel*, arrullados por el postestructuralismo francés y el auge del “giro lingüístico” en filosofía, psicoanálisis, teoría literaria» (Drucaroff:65).

Aun así, según la estudiosa, es posible verificar que no todos los autores «realistas» son atacados, por lo menos no con la intensidad con la que Feiling se ocupa de Soriano en el artículo mencionado. Efectivamente hay cierta heterogeneidad en el grupo y también en la línea editorial de la revista, ya que no atacaron a escritores realistas y narrativistas asesinados por la dictadura, como Haroldo Conti o Rodolfo Walsh, y lo mismo sucede con escritores extranjeros que están vivos y que *Babel* presenta para el público argentino. Toda esa ambivalencia, lleva a Drucaroff a asegurar que: «a la hora de la verdad, los únicos escritores realistas enemigos de *Babel* son los argentinos que están vivos y que ocupan las vidrieras de las librerías o las columnas en los suplementos, los lugares que los jóvenes babilónicos quisieran ocupar» (67).

Siguiendo esa línea, también podría enfocarse el asunto como una disputa generacional. Soriano, el representante de la camada anterior y de la estética «narrativista»,³ es decir antagónica (aunque como veremos, no ligada exclusivamente con los antecesores), es atacado por el escritor joven que, junto con sus camaradas, intentan disputar los lugares de dominio en el campo literario.⁴ En ese sentido, podría suponerse que Feiling adopta la estrategia de cuestionar a uno de los exponentes más importantes del *Posboom* (o sea de la literatura consagrada por el mercado en ese mismo momento), para impugnar a través suyo toda una zona del campo literario, que en su opinión tiene también un correlato político en la realidad inmediata: en un país donde «a la mayoría de la gente le gusta el fútbol y Ernesto Sábato pasa por un profundo pensador» (Feiling 2005:42),⁵ según Charlie Feiling no cabe otra actitud que la frivolidad, la pedantería y el cinismo (actitudes con las cuales, por cierto, leerá la obra de Soriano).

Si se continúa por la senda generacional, puede desmontarse la crítica de Feiling para analizar sus enunciados de modo desapasionado, dejando de lado la

coyuntura urgente en la cual los nóveles escritores se organizan para desembarcar en la zona de dominio y de prestigio. Independientemente de sus reparos sobre la izquierda,⁶ para Feiling, lo más grave son, lo que él considera, algunos «efectos culturales del populismo». Hay, afirma, «ciertas producciones artísticas [que] parecen mostrar que el daño neurológico es irreversible, sobre todo cuando al esfuerzo de captar un público —esfuerzo loable pero que debería estar supeditado a otros— se lo reemplaza por estrategias dignas de un “cómo ganar amigos”» (43). Por supuesto, se refiere a Osvaldo Soriano, a quien acusa de producir una literatura que es el equivalente cultural de la política menemista: «*Una sombra ya pronto serás*, la quinta y exitosa novela de Osvaldo Soriano, le hace a la literatura argentina lo mismo que el Excelentísimo Sr. Presidente al país» (43). La necesidad de Feiling por remarcar el éxito de la novela, corrobora la pertinencia de la sospecha lanzada por Drucaroff, es decir, que gran parte del problema tiene que ver con el espacio de visibilidad que Soriano tiene en el campo cultural.

Feiling le reprocha a Soriano que en la novela todo conspire contra el pensamiento y, para ello, utiliza el cuestionable argumento de su apoyatura en la realidad. En contra de otras producciones nacionales, más o menos defectuosas, como pudieron haber sido *Las leyes de la noche* y *Sobre héroes y tumbas* que describen, siempre según Feiling, «el estado del país en una etapa de su historia (...). *Una sombra...* resulta una larguísima falacia, la forma literaria del *argumentum ad populum* tan cultivado por el Excelentísimo Sr. Presidente en sus discursos y apariciones públicas» (44).

Otro elemento de juicio, a través del cual Feiling denuesta la novela de Soriano, es lo que él considera una escasez de referencias cultas: «Dado que las únicas concesiones a la cultura “alta” de la novela son una mención de Stephen Hawking y otra de Bret Harte, se la podría considerar fruto de la ignorancia y liberar a Soriano de culpa y cargo» (44). Sin embargo, y siguiendo su propuesta del cinismo y la pedantería, agrega que es imposible liberarlo ya que su «literatura responde a una combinación mortífera de las peores tendencias de cierta izquierda argentina y una imagen del artista absurdamente romántica» (44). Pienso que también este es un argumento endeble, en el que Feiling superpone las elecciones estéticas, la formación y los gustos culturales de un autor con la presunta calidad de su literatura. Además, e independientemente de que Soriano hiciera un uso por momentos demasiado exhaustivo de ciertas referencias estéticas y culturales en sus obras,⁷ existe una dimensión irónica en su literatura que Feiling pasa por alto deliberadamente al hablar de su «ignorancia». Para decirlo con más claridad Feiling confunde, probablemente de modo intencional, al autor con sus narradores.

Como dije antes, «El culto a San Cayetano» desató (o, sencillamente, hizo visible) una enorme controversia cuyos ecos se hacían sentir todavía en 2007, cuando Osvaldo Bayer acusó a Beatriz Sarlo de haber propiciado la humillación pública de Soriano en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA. Hay que decir que Soriano exhibía, frente a la festiva frivolidad y a la pedantería de Feiling, un

autocomplaciente complejo de inferioridad. Por eso no es extraño que la conversación que refiere Bayer, haya concluido con su amigo comunicándole abatido la deshonra que había sufrido en la UBA, motivada aparentemente por no haber terminado los estudios secundarios. El autor de *La Patagonia rebelde* ha referido que Soriano le dijo, antes de finalizar aquella charla, que quería «entrar a la facultad por la puerta grande». Juan Sasturain confirma indirectamente esta versión al señalar que Soriano siempre se sintió como: «alguien que había entrado en la literatura sin pedir permiso, como con trampa, por la ventana, por la puerta del fondo; nunca se sintió un literato» (Montes-Bradley:79). Jorge Fernández Díaz publicó, en cierta oportunidad, una confesión que le habría hecho el autor aproximadamente un año antes de morir y que recupera, desde la perspectiva de Osvaldo Soriano, la confrontación entre narrativistas y experimentalistas. Según Fernández Díaz, el autor de *Triste, solitario y final* le había dicho:

No es mucho lo que les pido [a los académicos]. Lo único que yo les pido es que me dejen sentar a la mesa de la literatura argentina. Una mesa donde se sienten todos. Los experimentales, los introspectivos, los kafkianos, los joyceanos, los faulknerianos. Todos. Y que me digan: «Venga, Soriano, ésta es la silla de los narradores de historias. Venga, siéntese con nosotros». Solamente eso les pido. (2)

Sin embargo, la discusión se enriquece si, en lugar de permanecer atados al análisis del ensayo y del resto de las declaraciones de los involucrados, nos permitimos cuestionar a partir de esos testimonios los modos para explicar o historiar la siempre problemática disyunción entre literatura culta y literatura popular o entre escritores experimentales y narradores llanos (para consignar solamente dos de las denominaciones a través de las cuales se suelen canalizar los antagonismos que nos ocupan).⁸ Para expresarlo con mayor claridad, el aporte podría estar en superar la fascinación algo morbosa que generan las peleas (y, consecuentemente, en dejar de lado los esquemas, por momentos excesivamente simplificados, a partir de los cuales abordan el tema las historias de la literatura y los críticos), para avanzar sobre los modos de representación que utilizan los propios escritores involucrados en la polémica. Solo así podría objetivarse el estudio de las poéticas autorales mismas, esquivando las pasiones y simpatías que despiertan los artistas individualmente, por una parte, y las lógicas agresiones descriptas para las dinámicas generacionales, por otra. Para ello propongo un punto de referencia temático, la representación de la Guerra de Malvinas, desde el cual examinar dos novelas: *A sus plantas rendido un león* (1986) de Osvaldo Soriano y *El agua electrizada* (1992) de C.E. Feiling.

A sus plantas rendido un león:

Gardel presidente y la Guerra como partido de fútbol

La cuestión de la guerra de 1982 es el eje central en el texto de Osvaldo Soriano. Al igual que en otras de sus novelas, el autor construye una alegoría en torno del

tema principal y la relaciona con elementos de la cultura masiva, identitaria, de la Argentina.⁹ En muchas de ellas, hay un intento por propiciar una mirada popular del conflicto, que en ocasiones bordea la simplificación y que, generalmente, apela más a lo sentimental y menos al análisis intelectual del asunto. En sus dos novelas anteriores, *No habrá más penas ni olvido* (1974) y *Cuarteles de invierno* (1982), ya podía apreciarse este mecanismo que pretende examinar grandes causas nacionales a través de pequeños conflictos locales. En la segunda, por ejemplo, un boxeador y un cantante de tangos, estereotipados representantes de lo popular, se enfrentan al poder dictatorial en el espacio ficcional de Colonia Vela, el pueblo de provincia que (al igual que en *No habrá más penas ni olvido*) es el espejo alegórico de un país entero.

Desde el inicio de *A sus plantas rendido un león*, puede verse que Soriano recurre nuevamente a esa dinámica narrativa y también al molde genérico de la novela de aventuras que ya predominaba en su producción. Si en las novelas anteriores los grandes temas nacionales tenían que ver con el peronismo y con la dictadura, en la obra que nos ocupa aquí el asunto fundamental es la causa de Malvinas. Esta vez la acción no transcurre en Colonia Vela, sino que el escritor sitúa la mayor parte de la acción en Bongwutsi, un país africano inventado por él, que cumple la misma función que el pueblito del interior argentino: un espacio pequeño donde se alegorizan las tensiones macro, es decir, la política internacional vinculada con el conflicto por las Islas, pero también por el colonialismo británico y europeo en general.

Faustino Bertoldi es el cónsul argentino en la imaginaria república africana y lleva allí un buen tiempo totalmente imposibilitado de comunicarse con el gobierno del país porque «las veces que intentó llamar por teléfono en cobro revertido el operador le respondió que ese número ya no correspondía al Ministerio de Relaciones Exteriores» (Soriano:17). El falso diplomático, que ha enviudado en África y que mantiene una relación clandestina con Daisy, la esposa del embajador británico, no sabe absolutamente nada de lo que está sucediendo en el Atlántico Sur.¹⁰

Después de comprobar una serie de movimientos inusuales en el cuerpo diplomático apostado en Bongwutsi, Bertoldi recibe una comunicación oficial de Mr. Alfred Burnett, embajador británico, en la que éste le «hace saber al señor representante de la República Argentina en Bongwutsi que el Reino Unido se dispone a defender por todos los medios lo que por legítimo derecho le pertenece. El honor y la virtud de la Corona serán preservados» (Soriano:15) y, le informa además, que se ha establecido una zona de exclusión de 200 metros en torno de la embajada inglesa. Bertoldi supone que Burnett ha descubierto su romance con Daisy y que está convirtiendo una cuestión de índole personal en un asunto de Estado.

Momentos después de recibir la comunicación de Burnett, llegan a buscarlo unos soldados del Emperador para que comparezca ante él. Mientras esperan a que se vista, uno de ellos observa un retrato de Carlos Gardel: «Su presidente se metió en un lío —dijo el oficial señalando a Gardel. El cónsul asintió con

una sonrisa mientras se colocaba una escarapela en la solapa» (18). El recargado simbolismo de Gardel–presidente y de la escarapela, se completa cuando, finalmente, Bertoldi entiende qué es lo que está sucediendo a su alrededor. En su audiencia con el Emperador, el argentino escucha atento estas palabras de la máxima autoridad:

Voy a decirle una cosa, embajador: no me disgusta que los ingleses reciban una lección de tanto en tanto, pero al final siempre somos nosotros los que pagamos los platos rotos. Si ustedes siguen en esa condenada isla voy a tener que mandar un batallón y bien sabe Dios que mi gente no ha visto nunca el mar. (20–21)

La tan sabia como elemental lección sobre la dominación imperialista que el Emperador intenta darle al cónsul argentino (resumida en el «somos nosotros los que pagamos los platos rotos») se ve interrumpida por la euforia nacionalista del segundo:

—¡No me diga que...!— El cónsul hablaba en español.
 —Hielo, nieve, siempre nos toca lo peor...
 —¡... recuperamos las Malvinas!
 —¿Qué dice?
 —¡Viva la patria, carajo! (21)

A partir de ese momento, y bajo la misma tónica, el conflicto en Malvinas se convierte en un asunto en torno del cual gira una galería de personajes muy variados, entre los cuales se destaca Lauri, un argentino exiliado por la dictadura. En Zurich, donde reside a raíz de su expulsión, Lauri conoce a Quomo (un revolucionario de Bongwutsi que planea derrocar al Emperador con un ejército de gorilas) y decide ayudarlo solamente para aumentar las posibilidades de que Argentina (es decir, de que el gobierno militar argentino) gane la Guerra en el Atlántico Sur, obligando al enemigo a un doble esfuerzo bélico. Otro personaje estereotipado en la galería propuesta por Soriano es el irlandés Theodore O'Connell, un supuesto militante del IRA que intenta colaborar en cualquier acción que pretenda desestabilizar al gobierno británico. Bongwutsi se convierte en el patio del mundo y, en una especie de comedia de enredos al estilo de las películas cómicas que Soriano homenajeara en *Triste, solitario y final*, se enfrentan las fuerzas de su majestad y sus poderosos aliados internacionales con el improvisado representante argentino y su banda de perdedores.

A sus plantas rendido un león fue publicada en 1986, el año del mundial de México, en el cual Diego Maradona convirtió el que es considerado el mejor gol de la historia de los mundiales de fútbol y también el gol de «la mano de Dios», ambos logrados en el encuentro disputado frente al seleccionado inglés. El triunfo argentino en aquel partido fue presentado muchas veces como una reivindicación nacional, una revancha, de los sucesos de 1982. Coincidencia o

no, el mismo año en que se superpone el recuerdo del conflicto en el Atlántico Sur con un evento deportivo que nada tiene que ver con esos acontecimientos, Osvaldo Soriano lanza una novela en que las disputas internacionales tienen el sabor de las gestas deportivas. Desde ese punto de vista, podríamos decir que Bertoldi aparece como una versión sorianesca del «barrilete cósmico», como el relator Víctor Hugo Morales llamó a Maradona en su famosa alocución del gol, condimentado con las torpezas corporales del cine del Gordo y el Flaco. Como señalaba Feiling, por momentos las referencias son obvias, populistas en el sentido demagógico que ese término pueda tener: Gardel presidente, una revolución de gorilas, la escarapela, etc. Y si bien Soriano apunta a evidenciar, con mucha ironía, las contradicciones de la sociedad argentina frente al hecho masivo y traumático de la guerra, sus indagaciones en ese sentido atraen menos el interés que los «gags» de los personajes.

Souvenirs de la mala conciencia argentina en *El agua electrizada*

Si comparamos las obras de nuestro corpus de trabajo, podemos señalar que una diferencia sustancial entre ambas está en el momento en que transcurre la acción: en la de Soriano, como se dijo, los hechos narrados suceden paralelamente y están condicionados por la guerra de Malvinas (la acción transcurre en 1982). En *El agua electrizada*, la acción transcurre en la Argentina de 1989 y la cuestión Malvinas forma parte de un entramado mucho más complejo, converge como parte de una lectura suspicaz sobre el pasado reciente. Por lo tanto, no es la Guerra en sí, sino lo que produjo la guerra en un doble sentido de ida y vuelta: qué circunstancias llevaron al conflicto armado y qué resabios dejó en la sociedad.¹¹

Mientras que en *A sus plantas rendido un león* las alternativas bélicas macro y micro son seguidas como las alternancias de un partido de fútbol o de un match de boxeo, lo que busca Feiling, en coincidencia con la línea de las ideas planteadas en «El culto a San Cayetano», es intentar describir el estado actual del país hacia 1989–1991. Y eso suponía, por supuesto, dar cuenta de un oscuro artefacto de complicidades civiles con la dictadura y denunciar la persistencia de ciertas mafias relacionadas con el poder militar durante el período democrático.

En lo relativo al texto y a las dinámicas culturales, resulta de interés que las fechas de escritura del artículo sobre Soriano que comenté en el apartado inicial y el período de producción de *El agua electrizada* se superpongan. Sumado a esto, debemos resaltar que Tony Hope, el protagonista de la novela (cuyas evidentes referencias autobiográficas menciono, aunque no puedo considerar en profundidad),¹² es un ex-cadete del liceo militar, actual profesor de latín en la UBA y becario de CONICET, y, fundamentalmente, es tal y como reclamaba Feiling desde su lapidaria reseña de la novela de Soriano, un cínico, un frívolo y un pedante.

En este sentido, la novela parece escrita para confirmar uno por uno los postulados de Feiling en «El culto a San Cayetano». Independientemente de las circunstancias autorreferenciales sembradas a lo largo de la narración, *El agua electrizada* es, según Hernán Sassi, «una caja de resonancia en las que suenan ecos

de la historia de la literatura, de la mitología, el psicoanálisis y la plástica, con pasajes en inglés y hasta en latín, con una explícita y almibarada colección de maestros literarios como encumbrados consortes». Esta cita revela muy bien los cimientos de aquel reproche de Feiling acerca de la escasez de referencias eruditas en la producción de Soriano y, también, confirma la hipótesis de Elsa Drucaroff acerca del tipo de lector, el académico, que la joven generación esperaba seducir (que como se desprende de lo dicho, coincide muy bien con las características del propio Hope). Lo interesante es que para concretar ese objetivo Feiling elija expresarse a través de un canal netamente asociado a la literatura popular (como es el género policial) y, también, que la estructura de la novela responda a una narración simple y alejada del tan mentado «experimentalismo» del grupo: en clave de policial negro, Tony se involucra en la investigación de la sospechosa muerte de un querido amigo de sus tiempos de liceísta. Por lo tanto, como señalé anteriormente, el contrapunto con Soriano no puede encuadrarse desde la «narratividad» o la «experimentación» de las obras en cuestión y, en consecuencia, sería mejor concentrarse en las miradas sobre el campo cultural y en los modos en que se analizan las dinámicas del espectro literario, que a menudo son excesivamente simplificadoras.

Drucaroff, cuando cuestiona la polarización propuesta desde la crítica sobre los escritores a finales de la década de 1980 y comienzos de la siguiente, explica que: «El propio Feiling (...) es una prueba de lo inauténtico del supuesto enfrentamiento: su magnífica prosa es ágil y afín con los géneros masivos de la industria cultural» (85). Incluso Feiling, en su ensayo «¿Por qué escribo tan mal?», ha reflexionado sobre las características que tiene la «nueva historia oficial de la literatura argentina» y ha tomado posición frente al asunto. Además de comentar con cierta reticencia la labor canonizante de críticos como Ricardo Piglia y de Beatriz Sarlo, por ejemplo, Feiling opina que «la historia oficial tiende a generar una literatura asfixiante, que se desvive por inscribirse en esa misma historia y sólo se ocupa de ella» (Feiling 2005:65). Posteriormente, al justificar su proyecto literario, recuerda que en 1989 cuando decidió dejar su carrera académica para dedicarse a escribir «*no me imaginé que me aguardaba una trilogía sobre los géneros*. Eso vino después, al terminar mi primer libro. *El agua electrizada* es un policial»¹³ (2005:65–66. Las cursivas son mías). Feiling recupera su pasado académico solamente para poder impugnar las lecturas «oficiales» que, sin embargo, son practicadas por los mismos críticos que, según Drucaroff, impulsan la carrera de la nueva generación de escritores. Independientemente de todo ello, y sumado a las limitaciones explicativas basadas en la «narratividad» que señalé más arriba, queda claro que las posibles distancias entre los proyectos estéticos de Feiling y Soriano tampoco pueden precisarse con la inscripción de las obras en géneros populares o masivos como podrían ser la novela policial en el caso de *El agua electrizada* o la de aventuras en el de *A sus plantas rendido un león*.

Ahora bien, como adelanté, el tratamiento del asunto de Malvinas en la novela de Feiling resulta muy distinto al que proponía Soriano. Eso se aprecia, por

ejemplo, cuando Tony Hope concurre al entierro de Juan Carlos (el «Indio»), el entrañable amigo de sus años de Liceo que aparentemente se ha suicidado.¹⁴ En el funeral, Tony se encuentra con muchos de sus antiguos camaradas y, mientras los escucha hablar, reaparecen los rencores que guarda sobre su propio pasado:

Ya estaba hablando el Turco, otro que había seguido la carrera [militar]. Valor. Patriotismo. Infantería de Marina. Integridad Moral. Amistad. Tony empezó a llorar de nuevo, detestándose por sucumbir a la triquiñuela de esas palabras altisonantes. (Feiling 2007:26)

Sin embargo, casi inmediatamente se recupera, es decir logra hacer prevalecer su cinismo nuevamente, y comienza a deshilvanar la serie de argumentos característicos de su pensamiento (y del de Feiling):¹⁵

Tony dejó de llorar. Fue el momento justo, porque el imbécil del Turco ya arrancaba con la Guerra de Malvinas. The Fucklands (...). Juan Carlos, en Goose Green, había sido la única razón por la que él hubiera lamentado que los ingleses mataran más militares argentinos. *Aunque era cierto que la clase media se lo merecía, como se merecía todas las lacras: los militares, el Peronismo, la Iglesia Católica.* (27, las cursivas son mías)

Esta manera de entender la realidad argentina contrasta notoriamente con la esbozada por Soriano en su novela. La causa Malvinas, no puede analizarse si no se incorpora como elemento de una serie, no puede pensarse como un partido de fútbol cuyos ecos se repiten, como si se tratara de la segunda categoría de un torneo, en el mundillo diplomático anclado en un remoto país africano. Para Feiling Malvinas es un rastro que persiste en los individuos que vivieron la época, tanto los que estuvieron en las Islas como en los que no, su efecto trasciende la guerra, tiene sus raíces en la oscuridad de la dictadura militar y en la pobreza espiritual de una sociedad que apañó muchas de las acciones criminales de los generales, que se subió al ilusorio tren del triunfalismo. De ninguna manera sorprende que este rastro, tenga una apoyatura lingüística, que descansa sobre un lenguaje de la dominación y de la complicidad. Así se deja en evidencia, por ejemplo, cuando Tony está recordando con Irene (la hermana de Juan Carlos) ciertas anécdotas de la leucemia que aquejó a su amigo algunos años atrás.¹⁶ Tony le cuenta a la chica cómo el hermano utilizaba metáforas militares para referirse a la enfermedad, a lo que ella responde:

Mi hermano estaba muy mal, muy rayado. Lo de Malvinas terminó de liquidarlo, y después vino la enfermedad. No me contás nada nuevo: en ninguna de las cartas que me mandaba aparece la palabra «leucemia» o «quimioterapia». Siempre es «subversión», «grupos armados», «desbaratar las células guerrilleras». ¹⁷(136)

Militares, guerra, cáncer, suicidio. La correlación que propone Feiling es clara. No hay manera de aislar un hecho y explicarlo por sí mismo. Esta concepción

de la realidad nacional está presente en todo el libro: la investigación sobre el suicidio de Juan Carlos, al igual que la de la muerte de las dos mujeres que da título a la novela, lo demuestran. La tesis, en cuanto al pasado reciente es, explícitamente, la misma: no puede hablarse de la guerra sin hablar de la dictadura; no se explica Malvinas sin el silencio cómplice de una sociedad entera: militares, peronismo, Iglesia católica no podrían haber actuado como lo que hicieron sin la complicidad de una parte importante de la población civil. El nudo solamente puede desatarse, al parecer, dejando de lado el sentimentalismo patriótico y encarando la cuestión sin ningún tipo de prerrogativas. La Guerra fue un efecto de la ceguera voluntaria, una más en la larga lista de culpas que la sociedad argentina carga sobre sus espaldas (pero que se niega a ver).

Algunas conclusiones

Creo que, independientemente del sarcasmo y de la crueldad que exhibe Feiling hacia Soriano, por un lado, y también, por otro lado, independientemente de la falsa modestia y de la victimización del autor de *Una sombra ya pronto serás*, las dos novelas consideradas aquí constituyen, en su diversidad, objetos de estudio de interés para la crítica y para la historia de la literatura argentina. Ambos libros parten de una dolorosa experiencia colectiva y la encaran y representan de dos maneras muy distintas. Hay en cada una de ellas, para decirlo de un modo más sencillo, una cuestión de perspectivas, una verdadera reflexión historiográfica sobre qué es lo que debe recordarse y de qué modo debe representarse.

En el caso de *A sus plantas rendido un león*, Osvaldo Soriano construye una alegoría sobre el «ser nacional», sobre la idiosincrática marca de los argentinos (la estereotipada pasión que supuestamente nos caracteriza) y defiende, al menos de modo implícito, la idea de que existen reivindicaciones populares que se imponen por sobre los avatares políticos. En una novela publicada apenas seis años después que la de Soriano y una década después de la Guerra, Charlie Feiling parece postular que esa lógica representacional es insustancial, que es emotiva pero que está vacía de reflexión crítica. Por lo tanto, y con el margen que le da pertenecer a una nueva generación que se instala en el campo cultural, se propone poner en evidencia las redes sutiles, nada apasionadas pero mucho más nefastas, que siguen actuando en la sociedad.

Malvinas, como no podía ser de otro modo, es un núcleo de tensiones en el que se revelan perspectivas diferentes, las cuales, sin embargo, no están atadas a las categorías anquilosadas propuestas por la crítica especializada y por los cenáculos de escritores para periodizar las dinámicas del campo literario. Como he señalado, hay una corriente ejemplificada en estas páginas a través de los testimonios críticos de Hernán Sassi y de Elsa Drucaroff que, pasados los años, apunta a deconstruir los presuntos enfrentamientos entre bandos y entender el fenómeno desde lecturas críticas menos pasionales y más ceñidas a las evidencias funcionales del sistema.

La polémica es profunda y productiva, independientemente de los agravios y las camarillas que se alinean en torno de cada autor. Porque, como siempre, la

riqueza de la discusión no reside en tomar partido por uno o por otro (comenzar por dejar de lado la pasión y el sentido común que imponen los enfrentamientos, Shanghai/*Babel*/Experimentación—«Biblioteca del Sur»/narración clásica, que reedita el Florida–Boedo de los años 20, que a su vez reedita el Civilización–Barbarie, es un gesto de sana lucidez por parte de la crítica literaria de nuestro país) sino en abordarla en busca de los aportes individuales, de los tanteos artísticos que los autores han ensayado. El análisis de un tema tan incandescente como la guerra de 1982, que parte de la realidad histórica y que es captado desde la ficción de modos tan diversos, así lo ha demostrado.

Notas

¹ «El culto a San Cayetano» fue publicado en la revista *Babel* en 1991 y recogido luego en un volumen póstumo de artículos reunidos bajo el título de *Con toda intención. Babel. Revista de libros* salió entre abril de 1988 y marzo de 1991 y nucleó a los escritores «experimentalistas» de la nueva camada. En cierto sentido fue el órgano de difusión del grupo Shanghai, conformado mayoritariamente por los mismos escritores que editaban la revista. Sobre este punto, ver el libro de Drucaroff (57–67, especialmente), el ensayo de Hernán Sassi y las referencias sobre el asunto en *Para una intelectualidad sin episteme: el devenir de la literatura argentina (1974–1989)* de Silvia Kurlat Ares (97 y ss.).

² He tratado con mayor profundidad estos asuntos relativos a la irrupción del *Posboom* en el campo literario a partir de mediados de la década de 1970 y del rol central de Soriano en el movimiento, en un artículo titulado «De buen periodista a escritor polémico: La poética de Osvaldo Soriano». Algunos pasajes del presente estudio recuperan parcialmente elementos de aquel otro texto para considerarlos a la luz de la polémica analizada.

³ Sobre la disputa entre «narrativistas» y «experimentalistas», puede consultarse el artículo de Hernán Sassi ya mencionado. Asimismo, ver más adelante la evocación que hace Jorge Fernández Díaz sobre una conversación con Osvaldo Soriano en la que se hace referencia al asunto.

⁴ Sobre las dinámicas generacionales, puede consultarse el ya citado *Los prisioneros de la torre* de Elsa Drucaroff, fundamentalmente el capítulo 1 donde la

autora analiza diferentes desarrollos teóricos sobre el concepto de generación y los aplica al campo literario argentino de la posdictadura.

⁵ Para facilitar las referencias utilizo la edición del artículo publicada en el volumen *Con toda intención*, donde también aparecen otros ensayos que mencionaré. Una versión *on line* de «El culto a San Cayetano» se puede consultar en el *dossier* dedicado a Feiling por la revista *La idea fija*: http://www.laideafija.com.ar/larevista/especiales/feiling/FEILING_soriano.html. Las citas de *El agua electrizada* provienen de *El cuarto elemento*, el volumen de sus novelas reunidas.

⁶ En el ensayo, Feiling detalla su lectura del fenómeno de la escritura de los intelectuales de la izquierda: «Desde cierta zona de la izquierda —a ver si nos entendemos: uno utiliza el término con resignación, cansancio— las actitudes pregonadas son muy diferentes. Para contrarrestar el hecho de que la eterna entelequia, el Pueblo, no se encuentre en el sitio adecuado, cierta izquierda busca ocupar el sitio donde se encuentra dicho espejismo. Y entonces adquiere tics, hace muecas y ademanes» (42).

⁷ Sobre este asunto también puede consultarse el artículo de mi autoría antes mencionado.

⁸ Tanto Hernán Sassi como Elsa Drucaroff apuntan, con razón, a desmitificar el enfrentamiento entre los dos bandos y destacan una convivencia mucho más amistosa de lo que suele admitirse en las historias dedicadas a la literatura argentina. En su libro ya citado, en un apartado titulado «La supuesta polémica *Babel–Biblioteca del Sur*», Drucaroff opina que: «Si se miran los he-

chos históricos con buena memoria, y no la bibliografía escrita ex post facto, no se puede sostener que los dos centros de concentración [*Babel* y *Biblioteca del Sur*] fueran antagónicos, y mucho menos que a un lado estuviera “el arte”, y al otro, “el mercado” (84). Sassi había sostenido, con anterioridad, la misma opinión aunque mencionando los enfrentamientos individuales, como el que nos interesa considerar aquí: «Como se ve, tal enfrentamiento de capillas literarias, que existió sólo en términos de antinomias y rechazos más bien personales y no grupales —como la polémica entre M. Caparrós y C. Feiling frente a O. Soriano, o entre A. Pauls y T. Eloy Martínez—, es tan insostenible como falaz».

⁹ Sobre esta técnica constructiva a partir de alegorías en las novelas de Osvaldo Soriano, ver los comentarios de Martín Prieto en *Breve historia de la literatura argentina* (439).

¹⁰ En el capítulo uno, cuando llega a su casa, el cónsul encuentra y luego lee con fruición la edición «internacional de *Clarín* que asomaba por la ranura del buzón. El diario era la única correspondencia que recibía de Buenos Aires y llegaba a nombre de Santiago Acosta, el anterior cónsul» (13).

¹¹ La misma idea también estaba en la novela de Soriano aunque con un grado de distorsión diferente. Si bien es cierto que no puede hablarse de Malvinas sin hablar de la dictadura, Bertoldi subordinaba implícitamente la importancia de la segunda a la primera: lo urgente era ganar la guerra.

¹² Al respecto, ver el prólogo de Luis Chitarroni a *Los cuatro elementos* (9).

¹³ La expresión «trilogía sobre los géneros» hace referencia al hecho de que publicara primero una novela policial (*El agua electrizada*), posteriormente una novela de

aventuras (*Un poeta nacional*) y, finalmente, una novela de terror (*El mal menor*) con las cuales quiso «rendirles homenaje» a los géneros que le daban un «inmenso placer» (2005:65–66).

¹⁴ Como señala Pablo Ansolabehere en un interesante artículo, «la tentación es muy fuerte y sabrán disculpar este aparte que las coincidencias con la realidad que nos circunda justifica. Dos detalles de la novela: la muerte que incita la investigación —es decir, lo que pone en marcha la trama novelesca— es un supuesto suicidio con arma de fuego que, se sospecha, encubre un asesinato cometido por oscuras fuerzas de los “servicios”; el otro detalle es que uno de los principales involucrados se llama Lagomarsino».

¹⁵ Para una confirmación de esta manera de entender la cuestión, puede consultarse el texto «Cangallo», incluido en el volumen *Con toda intención*. En este ensayo el autor reflexiona sobre el *antiperonismo*, al cual le señala su falta de consistencia y contradicciones lo que, en su opinión, termina por dejar un espacio vacío de reflexión que, a su vez y paradójicamente, contribuye a fortalecer la mirada pragmática del peronismo.

¹⁶ He aquí otra coincidencia entre la ficción y la vida del escritor, aunque en este caso no está encarnada en Tony sino en el Indio: Feiling murió de leucemia en julio de 1997. Tenía 36 años.

¹⁷ Hay numerosos testimonios acerca de la penetración en el lenguaje cotidiano, en general, y en el lenguaje médico en particular, de metáforas utilizadas por la dictadura para referirse a la lucha armada. Por ejemplo, José Pablo Feimann, quien padeció cáncer durante la dictadura, ha narrado en algunas entrevistas cómo los médicos utilizaban este tipo de paráfrasis para referirse a su enfermedad y a los efectos de los tratamientos de radiación a los cuales lo sometían.

Bibliografía

- ANSOLABEHERE, PABLO (2015). «Ficciones del Nunca más: a propósito de *El agua electrizada*, de C. E. Feiling». *Puesta en escena*. Web.
- DRUCAROFF, ELSA (2011). *Los prisioneros de la torre*. Buenos Aires: Emecé.
- FEILING, CARLOS E. (2005). *Con toda intención*. Buenos Aires: Sudamericana.
- (2007). *Los cuatro elementos*. Buenos Aires: Norma.

- FERNÁNDEZ DÍAZ, JORGE (2009, 22 de agosto). «Soriano sigue vivo». *La Nación*. Suplemento «ADN», 2.
- KURLAT ARES, SILVIA (2006). *Para una intelectualidad sin episteme: el devenir de la literatura argentina (1974–1989)*. Buenos Aires: Corregidor.
- MONTES-BRADLEY, EDUARDO (2000). *Oswaldo Soriano: Un retrato*. Buenos Aires: Norma.
- MUCCI, CRISTINA (1997, 7 de septiembre). «Las reglas del juego». *La Nación*, 6.
- NIEMETZ, DIEGO (2010). «De buen periodista a escritor polémico. La poética de Oswaldo Soriano», en Víctor Gustavo Zonana, editor. *Poéticas de autor en la literatura argentina (desde 1950)*. Volumen II. Buenos Aires: Corregidor, 227–270.
- RAMA, ÁNGEL (1982). *La novela en América Latina: panoramas 1920–1980*. Santiago de Chile: Universidad Alberto Hurtado, 2008.
- SASSI, HERNÁN (2006). «A pesar de Shanghai, a pesar de Babel». *El interpretador. Literatura, arte, pensamiento* 32. Web.
- SHAW, DONALD (1999). *Nueva narrativa hispanoamericana: Boom. Posboom. Posmodernismo*. Madrid: Cátedra.
- SORIANO, OSVALDO (1986). *A sus plantas rendido un león*. Buenos Aires: Norma, 1995.